

Ovidad, Señor, mis ilusiones y mis errores, y no os acordéis de los pecados de mi inconsiderada mocedad.

PROPOSITOS.

1. Mira con horror tan desacertada guía, y nada temas tanto como el engaño y la ilusion en punto de salvacion. Apenas se puede creer que tantas gentes lastimosamente precipitadas en el error, y tantos otros de ma vida por otra parte tan arreglada, caigan miserablemente por pura malicia en tantos desórdenes obre materia de costumbres, y vivan con tanta tranquilidad en costumbres tan desbaratadas y tan visiblemente opuestas á las máximas del Evangelio. La falsa conciencia es la que hace estos estragos, y la que produce todos estos frutos. ¿Seria posible que unos hombres, por otra parte capaces, rectos y aun moralmente bien inclinados, dejasen de conocer que estaban fuera del camino de la salvacion, si no los cegase la falsa conciencia, y si esta ceguedad no irritase sus pasiones, haciéndolos sordos é insensibles á todas las inspiraciones de la gracia? Debes precaverte contra un mal tan peligroso y tan comun; desconfia siempre de la dureza de juicio en punto de devocion; nunca te aferres en tu dictámen contra el parecer de tus directores, de tus padres y de tus amigos; guárdate bien de que tu capricho sea efecto de la falsa conciencia. Nunca te persuadas á que no hay inconveniente en ir á la comedia y al ópera; á que puedes sin escrúpulo concurrir á ciertos parajes donde corre peligro la inocencia; á que no hay inconveniente, ni tiene misterio el pasar en el juego los dias y las noches. ¿Cuántas veces te parece estás obligado á encolerizarte, á mostrar tu mal humor á toda la familia, ejecutar con poca espera y con no mucha piedad á tus acreedores? Y esa aspereza con que tratas á tus

dependientes ¿no será tambien efecto de una falsa conciencia? Si eres eclesiástico ó religioso, no te dispenses con demasiada facilidad en ciertas obligaciones. ¿Y no vives quizá muy errado, pareciéndote que puedes con buena conciencia usar de tus rentas como usas de ellas, y aplicárias á lo que las aplicas? ¿tendrás motivo para estar muy seguro de que cumples con la obligacion del oficio divino, rezándole con la indevocion con que le rezas? ¿y te podrán aquietar mucho los frívolos pretextos con que te excusas de celebrar el santo sacrificio de la misa? Es cierto que una conciencia laxa autoriza todos estos defectos; pero ¿te hará por eso menos culpado en cometerlos? Remedia sin dilacion estos desórdenes.

2. Guárdate mucho de buscar muy de propósito directores lisonjeros y laxos, confesores cómodos, profetas que solo anuncian lo que halaga al amor propio; todos son muy malos guías. ¿Qué ciego busca por lazarillo á otro ciego? Nunca te fies de jueces que sentencian siempre en favor de tu inclinacion. Expon sencillamente tus dudas á personas sabias, y confórmate sin réplica con sus resoluciones.

DIA VEINTE.

SAN SILVERIO, PAPA Y MARTIR.

Teodato, rey de los godos en Italia, asustado con las conquistas de Belisario, general del ejército del emperador Justiniano, obligó al papa san Agapito á que hiciese un viaje á Constantinopla para pedir la paz al emperador. No lo pudo conseguir el santo papa; pero en aquella corte mostró su zelo y su vigor en defensa de los intereses de la religion, negándose

con invencible teson á recibir en su comunión á Antimo, obispo eutiquiano; y mostrándose inflexible, aunque le amenazaron con destierro, hasta que el fin, consumido de trabajos y de penitencias, murió el año de 536.

Apenas se supo en Roma su muerte, cuando se juntó el clero para nombrarle sucesor. Era grande protectora de los eutiquianos la emperatriz Teodora, singularmente de Antimo, á quien habia sacado de la silla de Trebisonda para colocarle en la patriarcal de Constantinopla; y resuelta á tener un papa que fuese de su entera devocion, hizo partir para Roma al diácono Vigilio, y escribió á Belisario que le hiciese nombrar por sucesor de Agapito; pero el rey Teodato, que no queria por pontífice á ninguno que fuese creatura del emperador, previno á la emperatriz y obligó por fuerza al clero de Roma á que eligiese al subdiácono Silverio, natural de la Campaña de Roma, hijo de Hormisdas, que, habiendo enviudado, se hizo diácono de la Iglesia Romana, y despues fué papa.

Al principio no fué muy canónica la eleccion de Silverio; pero el clero, temiendo un cisma y viendo en él un hombre muy á propósito para llenar la suprema dignidad á que habia sido elevado, enmendó los defectos, y unidos todos los votos, confirmó libremente la primera eleccion con unánime consentimiento. Ordenóse, pues, de diácono y de presbítero, y despues fué consagrado obispo el día 20 de junio del año 536.

Aunque no habia entrado en el sumo pontificado con las mas santas disposiciones, no bien se vió revestido de aquella primera dignidad de la tierra cuando tomó la generosa resolucion de hacerse benemérito de ella. Ante todas cosas llóro delante de Dios los torcidos fines de su pasada ambicion, y dió principio edificando á toda la Iglesia con la pureza de sus costumbres y con toda su conducta. Por su vigilancia

contra el error, por su zelo en desterrarle, y por la solitud pastoral en atender á todas las necesidades de la Iglesia, cuando la herejia, protegida del poder temporal, arrasaba la viña del Señor, fué reputado por uno de los mayores papas.

Llegó Vigilio de Constantinopla con ánimo de apoderarse de la silla apostólica; pero como encontró ya á Silverio colocado en ella con aplauso y satisfaccion universal, no se atrevió á intentar por entonces novedad alguna; aunque no por eso desistió de su idea, confiando en el poder de Belisario, á quien la emperatriz habia escrito en su favor. Despues que este general habia restituido la Sicilia á la obediencia del emperador, y hecho cada dia nuevas conquistas en Italia sobre los godos, les tomó tambien la ciudad de Nápoles, adonde Vigilio le fué á buscar para entregarle las cartas de la emperatriz; y leidas, le prometió poner en ejecucion lo que se le encargaba luego que se hiciese dueño de Roma. Tardó poco en poderle servir, porque, atemorizado el pueblo romano con el saqueo de Nápoles, echó de sí la guarnicion de los godos y llamó á Belisario. Inmediatamente volvieron los godos sobre Roma y la pusieron sitio, que duró un año entero, en que la dieron sesenta y siete asaltos, manteniéndose siempre Belisario encerrado dentro de la ciudad. Y se notó, durante el sitio, que los godos, aunque arrianos y bárbaros, no perdieron el respeto á las iglesias de los católicos que estaban extramuros, y ni aun atacaron la ciudad por un paraje donde estaban medio arruinadas las murallas, y estaba tambien bajo la proteccion particular de san Pedro. Este respeto que los bárbaros mostraron al apóstol, fué pernicioso al papa Silverio, porque sus enemigos tomaron de aquí ocasion de calumniarle, acusándole de que mantenía inteligencias secretas con ellos.

Volvió mientras tanto á Constantinopla el diácono

Vigilio para informar á la emperatriz de que ya habia encontrado la silla apostólica ocupada por una creatura del rey de los godos, y declarados en su favor todo el clero y todo el pueblo romano, haciendo cuanto pudo para persuadir á la emperatriz á que le despojase de ella; pero antes de pasar á otra cosa esta sagaz princesa quiso sondear el ánimo del nuevo papa y probar si se le podia reducir á sus intentos, sin llegar á términos de violencia. Escribióle, pues, pidiéndole que restableciese á Antimo en la silla de Constantinopla; que restituyese en las suyas á los demás herejes que su predecesor Agapito habia desposeído de ellas; y que abrogase el santo concilio de Calcedonia; bien resuelta á poner á Vigilio en lugar de Silverio si este le negaba lo que le pedia. Luego que el sumo pontífice leyó las cartas, conoció muy bien todo el ánimo de la emperatriz; pero ni las amenazas que le insinuaron de su parte, ni el destierro que preveía, ni el horror de los suplicios que podia temer, fueron bastantes para acobardarle. Respondió, pues, á aquella princesa con el mayor respeto, pero al mismo tiempo con un teson y con una fortaleza digna de un verdadero sucesor de san Pedro. Representóla que, tanto la deposicion de Antimo eutiquiano, como la de los demás herejes, habia sido no solamente legitima, sino necesaria; que restituirlos otra vez á sus sillas, de que tan legitimamente habian sido depuestos, seria volver á llamar los lobos para meterlos en medio de los rebaños; y que, en fin, antes perderia la vida que hacer la mas mínima cosa contra el santo concilio de Calcedonia. Irritada la emperatriz con tan generosa respuesta, escribió prontamente á Belisario, que, sin andarse ya en atenciones ni en respetos con Silverio, arrojase de la silla apostólica á aquel enemigo mortal de los eutiquianos, y colocase en ella á Vigilio.

Era el general temeroso de Dios, y le llenó esta orden de mucho dolor. Causábale horror poner las manos en el unguento del Señor, y temia atraer sobre sí y sobre todo el imperio la indignacion del cielo, si osaba desposeer al papa; por lo que buscaba varios coloridos para ir eludiendo las órdenes de la corte: pero al fin, temiendo ser desgraciado, se resolvió á obedecer, y solo esperó algun aparente pretexto.

No le fué difícil encontrarle; porque fué acusado el santo papa de que tenia correspondencia con los godos, y aun se presentaron algunas cartas que supusieron ser suyas. Bien conoció Belisario la falsedad y la calumnia, pero no tuvo espíritu para resistirla. Llamó á san Silverio á su palacio, y sin darle lugar á que se justificase, mandó que le quitasen el palio, que le despojasen de las vestiduras pontificales y que le echasen á cuestras una cogulla de monje; despues envió á decir al clero, á quien se le habia detenido en las antecámaras de palacio, cuando vino acompañando al santo papa, que Silverio quedaba ya depuesto, y era monje. Atónitos los circunstantes al oír esta embajada, cada cual procuró escaparse como pudo, temiendo ser maltratado en una casa donde se trataba tan indignamente á un sumo pontífice.

Pasó mas adelante Belisario. Viendo las lágrimas y los clamores del pueblo, que pedia á gritos á su santo pastor, temió alguna sedicion y envió á san Silverio desterrado á Patára, ciudad de Licia en el Asia menor; despues sin perder ningun tiempo hizo elegir en su lugar á Vigilio, sin que el clero se atreviese á oponerse á su voluntad; violencia escandalosa y sacrilego atentado, que llenó de luto á toda la Iglesia, y de llanto á todos los buenos católicos. Solo san Silverio se llenó de verdadero gozo, por verse tan maltratado en defensa de la fe y de los intereses de la Iglesia, considerando su destierro como premio de su zelo y de

sus apostólicos trabajos, sin que nunca se le hubiese visto mas contento que cuando estaba cargado de tantas persecuciones y oprimido de miserias. *Dichoso yo*, solia decir, *si puedo purgar los defectos de mi eleccion con las penalidades de mi destierro; pero mucho mas dichoso si logre derramar mi sangre por la Iglesia y por la fe.*

Con todo eso, no dejó Dios de volver por el santo pontífice. Apenas llegó á Patára, cuando el obispo de aquella ciudad, altamente condolido de ver al supremo pastor arrojado de su silla con tanta injusticia como crueldad, pasó á la corte del emperador, y la representó enérgicamente la indignidad de un tratamiento tan escandaloso como injusto. Era Justiniano príncipe católico y piadoso, pero mas condescendiente de lo que fuera razon con la emperatriz, que era eutiquiana. No obstante, mandó que el papa fuese restituido á Italia, y que, si se le justificase haber sido autor de las cartas al rey de los godos, que se le atribuian, no se le permitiese residir en Roma, aunque sí en cualquiera otra ciudad de Italia que mejor le pareciese; pero en caso de hallársele inocente, fuese restablecido en su silla. Hizo la emperatriz cuanto pudo para que no tuviese efecto esta resolución del emperador; pero este se mantuvo firme, y volvió á Italia san Silverio.

Informado Vigilio de su vuelta y protegido siempre con el favor de la emperatriz, hizo tanto con Belisario, que al fin logró le pusiese en las manos al santo papa; y apenas le tuvo en su poder, cuando le mandó llevar á una pequeña isla desierta del mar de Toscana, llamada Palmaria, hoy Palmerola. Gimió toda la cristiandad cuando supo la indignidad con que era tratado el sumo pontífice, escribiéronle los mas de los obispos, manifestándole la mucha parte que les cabia en su persecucion; y los de Terracina, Fundi, Termo

y Minturno, vecinos al lugar de su destierro, pasaron personalmente á visitarle y quedaron admirados de su invencible paciencia.

Pero considerándose siempre cabeza de la Iglesia, nunca descuidó de su gobierno. Tan vigilante fué su solicitud pastoral en Palmerola, como lo habia sido en Roma; el mismo fué su zelo contra los abusos; á mismo teson y la misma firmeza contra los artificios de una emperatriz hereje, que solamente le perseguia porque constantemente se negaba á restituir en la silla de Constantinopla á Antimo, obispo eutiquiano, y porque no queria revocar el santo concilio de Calcedonia. En una de sus respuestas á los obispos que le habian escrito, se gloria de que solo se sustentaba con el pan de lágrimas en aquella tierra de tribulacion, y de que le tasaban el agua que bebia. En fin, consumido el santo pontífice de miserias, pero colmado de merecimientos, murió en el mismo lugar de su destierro el dia 20 de junio del año 540; manifestando el Señor la santidad de su siervo con milagros que obró en su sepultura. Siempre fué venerado como mártir, y la Iglesia le decretó los honores de tal.

Desde luego se consideró como uno de sus mayores milagros la maravillosa mudanza, ó por mejor decir, la portentosa conversion de Vigilio; porque, viéndose legitimo sucesor suyo por el unánime consentimiento de todo el clero despues de la muerte del santo, arrepentido sinceramente de su ambicion, mudó tanto de conducta, que fué uno de los mas zelosos defensores de la fe y verdaderamente un gran papa. Tambien sintió Belisario los efectos de su proteccion; dolióse vivamente de la dureza con que le habia tratado, y para dejar á la posteridad un monumento eterno de su arrepentimiento hizo edificar en Roma una iglesia, y mandó poner en el frontis una

inscripcion en que declaraba ser aquella obra una pública confesion y satisfaccion de su culpa.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Silverio, papa y mártir, que, habiéndose negado á rehabilitar al obispo hereje Antimo depuesto por Agapito, su predecesor, fué enviado desterrado por Belisario, á instancias de la impía emperatriz Teodora, á la isla de Poncia, donde murió consumido de miserias por la fe católica.

En Roma, el fallecimiento de san Novato, hijo de san Pudente, senador, y hermano de san Timoteo, presbítero, y de las santas vírgenes Pudenciana y Praxedes, instruidos en la fe por los apóstoles mismos. Su casa, convertida en iglesia, lleva el nombre del Pastor.

En Tomes en el Ponto, san Macario, obispo, que, despues de haber sufrido mucho por parte de los Arrianos, se quedó santamente dormido en el Señor en su destierro de Africa.

En Sevilla en España, santa Florencia, virgen, hermana de los santos obispos Leandro é Isidoro.

En Seez, san Latuino, presbítero.

En la Picardia, san Gobando, presbítero.

En Dronquen junto á Gante, santa Aldegonda, virgen.

En dicho día, san Baño, obispo de Teruena, y antes abad de san Vandrilo.

En Treves, la venerable Elía, abadesa.

En Egipto, san José de Tebas, solitario.

En Belluno en la Marca Trevisana, santa Abacia.

En Inglaterra, santa Idaberga, virgen.

Cerca de Wolfen-Buttel, el venerable Alberto, primer obispo de Magdeburgo.

En Breslau en Silesia, santa Benigna, religiosa cisterciense, martirizada por los Tártaros

La misa es en honor del santo y la oracion la siguiente.

Infirmi-
tatem nostram respice,
omnipotens Deus, et quia
pondus propriae actionis gra-
vat, sancti Silverii martyris tui
atque pontificis intercessio glo-
riosa nos protegat. Per Domi-
num nostrum...

Atended, ó Dios omnipotente,
á nuestra flaqueza, y pues nos
opreme el peso de nuestros pe-
cados, aliviádnosle por la in-
tercesion del bienaventurado
mártir y pontífice Silverio. Por
nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es sacada de la del apóstol san Judas.

Charissimi: Memores estote
verborum, quae praedicta sunt
ab apostolis Domini nostri Je-
su Christi, qui dicebant vobis,
quoniam in novissimo tempore
venient illusares, secundum de-
sideria sua ambulantes in im-
pietatibus. Hi sunt, qui segre-
gant semetipsos, animales, Spi-
ritum non habentes. Vos au-
tem, charissimi, super aedifi-
cantes vosmetipsos sanctissi-
mae vestrae fidei, in Spiritu
Sancto orantes, vosmetipsos in
dilectione Dei servate, espec-
tantes misericordiam Domini
nostri Jesu Christi in vitam
aeternam.

Carísimos: Acordaos de las
palabras que os dijeron ya los
apóstoles de nuestro Señor Je-
sucristo: los cuales os decian
como en el tiempo postrimero
vendrán engañadores que ca-
minan segun sus deseos en las
impietades. Estos son aquellos
que se separan á sí mismos (de
la Iglesia) como animales que
no tienen espíritu. Pero vos-
otros, ó carísimos, edificándoos
á vosotros mismos, sobre vues-
tra fe santísima, orando en el
Espíritu Santo, conservaos á
vosotros mismos en el amor de
Dios, esperando la misericordia
de nuestro Señor Jesucristo para
la vida eterna.

NOTA.

« Sobrevivió san Judas á la mayor parte de los apóstoles, y escribió esta carta despues que murieron estos. Viene á ser como un compendio de la segunda del apóstol san Pedro; porque se escribió contra los

mismos herejes, que, corrompiendo la fe y negando la necesidad de las buenas obras, introducian la disolucion y una horrorosa licencia de costumbres. Hablando Orígenes de esta epístola, dice que sus palabras son pocas pero muy eficaces. »

REFLEXIONES.

Acordaos de las cosas que ya os anunciaron los apóstoles. Pocos desórdenes, pocos errores hay entre los cristianos, que los apóstoles no tuviesen bien previstos, y contra los cuales no hubiesen gritado para prevenir los ánimos con el contraveneno de sus saludables instrucciones. Pero todas estas precauciones y preservativos no han sido bastantes para que los herejes y los seductores no hiciesen conquistas en todos tiempos. Buen Dios, ¡qué fuerte es la inclinacion del corazon humano al mal! ¡y qué inconstante es su espíritu! Tuvieron gran cuidado los apóstoles, despues de Jesucristo, de prevenirle que en los últimos tiempos vendrian ciertos hombres embusteros, cubiertos con piel de ovejas, y en realidad lobos carniceros, que solo acudirian á hacer miserables destrozos en el rebaño. No ha habido hereje que no afectase un exterior falso y engañoso. Calvino gritaba siempre contra la licencia de las costumbres, y continuamente estaba predicando reforma. La misma gerigonza usaban los herejes de los primeros siglos; este es el artificio mas antiguo de los enemigos de la Iglesia para engañar á los simples. Sin esta mascarilla no se puede deslumbrar á la gente; con el nombre de reforma ha hecho siempre su fortuna el error. Pero cotéjese un poco a estos falsos reformadores con el espíritu del Evangelio; su fe y su doctrina es echar á rodar el ayuno y la abstinencia, suprimir las buenas obras, desterrar los sacramentos y todo aquello que en la

religion estrecha un poco la libertad. No ha habido hereje que no se haya declarado contra la silla apostólica; esta rendida sumision á la Iglesia sujeta el corazon y el espíritu. Camina siempre de acuerdo el amor propio con el orgullo; y como nunca falta pretexto para sacudir el yugo, la rebelion contra las sagradas leyes establece el imperio de las pasiones. Esto es precisamente á lo que se reducen esas imaginadas reformas. Y si no dignarme, ¿cuándo se vió á esos grandes reformadores sólidamente devotos y mortificados? ¿Se ha visto nunca apagada la fe, mientras se conservan puras las costumbres? Todo engañador camina al gusto de sus pasiones; y en sustancia solo por caminar al gusto de ellas se rebela contra la Iglesia. No hay herejía de puro entendimiento; ninguna es puramente especulativa; el entendimiento hace siempre la costa en favor de la voluntad. Si Calvino reprueba las buenas obras, y fija determinadamente el número de los predestinados, es únicamente para que corra sin freno la concupiscencia. Si se hablara tan claro, estaria el lazo muy descubierto y se haria el veneno muy visible. Es menester echar polvo á los ojos, valerse de engañosos rodeos, de sofismas cabilosos, de pretexto de la religion, para deslumbrar á los simples; pero nunca dura la máscara hasta el fin. Siempre es mucha verdad lo que dice el Apóstol, que todo embustero, en punto de religion, camina al gusto de sus pasiones por los caminos de la iniquidad, manteniéndole en ellos el desvio de los sacramentos, y la desobediencia á la Iglesia. *Son unos hombres* (dice) *que se separan de los otros*; porque la singularidad es siempre inseparable del orgullo y del espíritu de parcialidad. *No soy como los demás hombres*, decia el fariseo; lo mismo piensa todo hereje de su imaginada virtud, teniendo lástima de los que inviolablemente están unidos á la

Iglesia. *Hombres de vida animal, destituida de espíritu,* continúa el mismo Apóstol. Carácter verdadero de cuantos se descaminan en materia de fe, por mas que discurren como quisieren, por hábiles que sean en el arte de engañar, por mas ingenio, por mas osadía, por mas obstinacion que tengan, como regularmente la han tenido los herejes en todos los siglos. *No permanece el espíritu de Dios en el hombre que es todo carne;* de donde nace que no se pegan, no mueven las obras de los herejes. Pueden ser sabios, pueden brillar; pero se descaminan. *Amados míos (concluye el Apóstol), formando en vuestras personas un edificio que esté fundado en vuestra fe toda santa, y orando por el movimiento del Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, y esperad la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vivir eternamente.* Estas palabras contienen el carácter de la verdadera virtud, y son el puntual retrato de los verdaderos fieles.

El evangelio es del cap. 14 de san Lucas, y el mismo que el dia V, pág. 95.

MEDITACION.

DEL CAMINO QUE NOS LLEVA Á CRISTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguno va al Padre sino por Cristo, y que para ir á Cristo es menester renunciarse á sí mismo, aborrecerse á sí, llevar su cruz y no arrastrarla. Este camino que guia á Cristo parece estrecho, y asusta á muchos, pero al fin no hay otro. Explicóse muy claramente el Salvador del mundo: *este es el camino;* los demás senderos son extraviados. Mas para entrar en este camino es preciso arrimar todo lo que

embaraza; es muy estrecho y no admite cargas ni bagajes. El mismo Cristo nos declara que para ir en pos de él es menester romper muchos lazos, como son el amor demasadamente tierno y absoluto á los padres y parientes, y la excesiva pasion por todo lo que se quiere: ninguna cosa. Está mas claramente intimada, ni mas frecuentemente repetida en el Evangelio, que la renunciacion de los propios intereses y la abnegacion de sí mismo. Es cierto que el amor propio protesta contra un decreto tan decisivo; pero ¿qué caso se debe hacer de sus representaciones? Diez y ocho siglos ha que el espíritu y el corazon humano mancomunados con las pasiones se esfuerzan á apelar de esta sentencia; pero no hay tribunal superior ni aun igual al que la pronunció. Conspiraron contra esta doctrina de Jesucristo todas las herejias; aun aquellas mismas que en la apariencia gritaban mas contra la relajacion, en el fondo solo tiraban á favorecer á la concupiscencia y á dejar el amor propio á sus anchuras. ¡Cuántas quejas, á cual mas frivolas, no ha dado el mundo contra esta aparente severidad de Jesucristo! ¡cuántos argumentos, á cual mas falsos y de menos sustancia, para eludir la universalidad de esta ley, para imaginar y aun para persuadir á cierta clase de personas que están dispensadas de ella! pero el oráculo es general: *El que no lleva su cruz todos los dias, no puede ser mi discípulo.* Los grandes, los nobles, los ricos, las señoras, cuantos viven en el mundo, todos son comprendidos en este decreto. Muéstrennos si no, que hay otro Evangelio y otra doctrina cristiana para ellos. Y si no la hay, ¿quién les dispensa en esta ley? ¿quién los justifica cuando viven de un modo tan contrario al que Cristo nos prescribió? Si las personas que traen una vida regalada, inmortificada, sensual y deliciosa, una vida totalmente mundana, se salvaran continuando e

ella; se podría decir que se salvaban contra la palabra expresa del mismo Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, cuando dice el Salvador que se debe aborrecer al padre, á la madre, á los hijos, á las hermanas y á los hermanos, no habla de aquel odio que es efecto de la enemistad. El que nos manda amar á nuestros mayores enemigos no nos puede mandar que aborrezcamos á nuestros parientes; habla de aquel amor de preferencia, que siempre debemos profesar á Dios, de suerte que, mirando únicamente á agradarle, estemos prontos á sacrificarlo todo, padres, parientes, amigos y nuestra propia vida, antes que ofenderle. Santiago y san Juan dejaron en la barca á su padre por seguir á Cristo; no permitió este Señor que aquel mancebo, á quien llamó á su servicio, le dejase ni aun con el pretexto de ir á dar sepultura á su padre. Segun esta doctrina del Salvador, y por conformarse con ella, todo lo abandonaron los santos, y se despojaron de todo cuanto tenían por seguirle. Cada dia repiten este mismo sacrificio tantas personas religiosas. Gran desgracia es en los que una vez pusieron mano al arado, el mirar atrás. Aquellos que hasta dentro de los claustros fomentan en su corazón el excesivo amor á los parientes, aquellas personas religiosas que solo respiran el espíritu de la carne y sangre, ¿cómo observan este precepto? ¿cómo se conforman con esta doctrina? Pues ello es que sin esta desnudez y sin esta abstracion, ninguno puede ser discípulo de Jesucristo. No es menos indispensable la abnegacion de sí mismo; ¿y está hoy muy en uso esta abnegacion? ¡Ah, que cada cual busca su interés! El gran móvil de todas las acciones es el interés, ni los que parecen mas devotos son

siempre los mayores enemigos de sí mismos. Cada uno se busca á sí casi en todas las cosas; y aun los que se lisonjean de que siguen á Cristo, regularmente lo hacen en compañía del amor propio. Pues no nos admiremos ya de que en nuestros tiempos haya en el mundo, y quizá tambien en el estado religioso, tan poca virtud perfecta y verdadera, ni de que sea tan escaso el número de los discípulos de Cristo. Es preciso seguirle en todo, hacerse sordo á las voces de la carne y sangre, aborrecerse á sí mismo, mortificar los sentidos, llevar su cruz. Valga la verdad: ¿estamos bien persuadidos á que seguimos esta doctrina?

Dios mio, ¿cuál es nuestra conducta? Oímos y recibimos como oráculos las palabras de Jesucristo; sabemos que deben ser la regla de nuestras obras; estamos ciertos de que nuestras costumbres son enteramente opuestas á su doctrina; ¡y con todo eso, vivimos amodorrados en una fatal seguridad! Conozco, Señor, y advierto, por vuestra misericordia, mis ilusiones y mi error; haced que me aproveche de este conocimiento; y que estando, como estoy, convencido de la verdad y de la santidad de vuestra doctrina, ella sola sea en adelante la regla de mis costumbres.

JACULATORIAS.

Utinam dirigantur viæ meæ ad custodiendas justificationes tuas! Salm. 118.

Haced, Señor, que jamás me desvie del camino de vuestros preceptos.

Domine, ad quem ibimus? verba vitæ æternæ habes. Joann. 6.

¿A quién sino á ti caminaremos, Señor, que tienes palabras de vida eterna?

PROPOSITOS.

1. Cuando no hay mas que un camino para llegar al término, es locura ponerse á deliberar qué camino se ha de tomar. En nuestra religion no hay mas que una fe y una doctrina; con que tampoco puede haber mas que una moral y un Evangelio, y este es el único camino para ir al cielo. No puede haber mayor extravagancia que tomar otro. Desasimiento sincero de los bienes caducos; desprendimiento generoso de la carne y sangre; victoria de las pasiones; odio santo de sí mismo; este es el único camino que conduce á la salvacion. Pero ¿es este el que nosotros seguimos? Pues cualquiera otro nos extravía. *Hay un camino*, dice el Sabio, *que al hombre le parece derecho, y su fin quia á la muerte.* No busques directores anchos y condescendientes; huye de opiniones laxas. ¿Qué motivo tienes para ir á este confesor mas que al otro? ¿será acaso porque la estrechez de aquel te incomodaba, y tu amor propio, tu inmortificacion y tu flojedad se entienden mejor con la indulgencia de este? ¡Qué necedad mas digna de compasion y de risa que buscar de propósito un guia para descaminarse! Examina bien los verdaderos motivos de esta eleccion; mira que es negocio de grande importancia para exponerla á contingencias.

2. Busca á Dios; pero mira si verdaderamente buscas á Dios en ese empleo, en ese estudio, en ese negocio, en esas diversiones, si es Dios á quien únicamente buscas en tu ministerio, en los ejercicios de tu zelo; no sea que busques tus intereses, tu estimacion, ó que te busques á tí mismo. Estando consagrado á Dios en el estado eclesiástico ó religioso, no sirvas todavía al mundo, no tengas todavía tanto apego á tus parientes. Acuérdate de lo que dice Jesu-



S. LUIS GONZAGA.

cristo, que en vano te lisonjeas de ser su discípulo, si todavía estás preso de la carne y sangre. No se pase el día sin que prontamente te reformes sobre todos estos puntos.

DIA VEINTE Y UNO.

SAN LUIS GONZAGA, DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

San Luis Gonzaga, príncipe de la casa de Mantua, tan ilustre por el desprecio que hizo de las grandezas del mundo, como por la inocencia de su vida, fué hijo de Ferrante ó Fernando, marqués de Castellon, y de Marta de Tana, de las mejores familias de Quiers en el Piamonte. Hallóse esta tan apurada en el parto de nuestro santo, que llegaron á deshauciarla los médicos; pero apenas ofreció á la Virgen el fruto que tenia en sus entrañas, cuando le dió á luz con toda felicidad el día 9 de marzo de 1568. Bautizaronle de socorro luego que nació, y pocos dias despues se le puso el nombre de Luis por su padrino y deudo muy cercano Guillelmo, duque de Mantua, cabeza de la casa de Gonzaga.

Persuadida la piadosa marquesa de Castellon á que la primera obligacion de una madre es dar á su hijo la mejor educacion, luego que vió á Luis capaz de recibirla, tomó de su cuenta el darle ella misma la mas piadosa y la mas cristiana. Desde luego se conoció que no necesitaba de muchas instrucciones la bella índole del niño, cuyo aire, cuyas inclinaciones y cuya natural propension á la virtud desde entonces le merecieron el renombre de ángel.

El marqués, soldado de profesion y de genio, ob-